



CAPITULO VII

En el que Perico cuenta el maldito modo con que salió de la casa del chino, con otras cosas muy bonitas; pero es menester leerlas para saberlas

Como no hay hombre tan malo que no tenga alguna partida buena, yo, en medio de mis extravíos y disipación, conservaba algunas semillas de sensibilidad, aunque embotadas con mi soberbia y tal cual respetillo y amor á mi religión, por cuyo motivo, y deseando conquistar á mi amo para que se hiciera cristiano, lo

llevaba á las fiestas más lucidas que se hacían en algunos templos, cuya magnificencia lo sorprendía, y yo veía con gusto y edificación el grande respeto y devoción con que asistía á ellas, no sólo haciendo ó imitando lo que veía hacer á los fieles, sino dando ejemplo de modestia á los irreverentes, porque después que estaba arrodillado todo el tiempo del sacrificio, no alzaba la vista, ni volvía la cabeza, ni charlaba, ni hacía otras acciones indevotas que muchos cristianos hacen en tales lugares, con ultraje del lugar y del divino culto.

Yo advertí que movía los labios como que rezaba, y como sabía que ignoraba nuestras oraciones y no tenía motivo para pensar que creía en nuestra religión, me hacía fuerza, y un día, por salir de dudas, le pregunté qué decía á Dios cuando oraba en el templo. A lo que me contestó: — Yo no sé si tu Dios existe ó no existe en aquel precioso relicario que me enseñas; pero pues tú lo dices y todos los cristianos lo creen, razones sólidas, pruebas y experiencias tendrán para asegurarlo. A más de esto, considero que, en caso de ser cierto, el Dios que tú adoras no puede ser otro sino el mayor ó el Dios de los dioses, y á quien éstos viven sujetos y subordinados; seguramente adoráis á Laocón Izautey, que es el gobernador del cielo, y en esta creencia le digo: *Dios grande, á quien adoro en este templo, compadécete de mí, y haz que te amen cuantos te cono-*

cen para que sean felices. Esta oración repito muchas veces.

Absorto me dejó el chino con su respuesta; y provocado con ella, trataba de que se enamorara más y más de nuestra religión y que se instruyera en ella; pero como no me hallaba suficiente para esta empresa, le propuse que sería muy propio á su decencia y porte que tuviera en su casa un capellán. — ¿Qué es capellán? me preguntó. Y le dije que capellanes eran los ministros de la religión católica que vivían con los grandes señores como él, para decirles misa, confesarles y administrarles los santos sacramentos en sus casas, previa la licencia de los obispos y los párrocos.

— Eso está muy bueno, me dijo, para vosotros los cristianos, que estáis instruídos en vuestra religión, que os obliga, y obedeceréis exactísimamente sus preceptos; pero no para mí que soy extranjero, ignorante de vuestros ritos, y que por lo mismo no los podré cumplir.

— No, señor, le dije; no todos los que tienen capellanes cumplen exactamente con los preceptos de nuestra religión. Algunos hay que tienen capellanes por ceremonia, y tal vez no se confiesan con ellos en diez años, ni les oyen una misa en veinte meses. — Pues entonces, ¿de qué sirven? decía el chino. — De mucho, le respondí; sirven de decir misa á los criados dentro de la casa para que no salgan á la calle y hagan falta á sus

obligaciones; sirven de adorno en la casa, de ostentación del lujo, de subir y bajar del coche á las señoras, de conversar en la mesa, y alguna ocasión de llevar una carta al correo, de cobrar una libranza, de hacer tercio á la malilla ó de cosas semejantes.

— Eso es decir, repuso el chino, que en tu tierra los ricos mantienen en sus casas ministros de la religión, más por lujo y vanidad que por devoción, y éstos sirven más bien de adular que de corregir los vicios de sus amos, patronos ó como les llames.

— No, no he dicho tanto, le repliqué; no en todas las casas se manejan de una misma manera. Casas hay en donde se hace lo que le digo, y capellanes serviles que, no atendiendo al decoro debido á su carácter, se prostituyen á adular á los señores y señoras, en términos de ser mandaderos y escuderos de éstas; pero hay otras casas que, no teniendo los capellanes por cumplimiento sino por devoción, les dan toda la estimación debida á su alta dignidad; ya se ve, que también estos capellanes no son unos cleriguitos de palillera, seculares disfrazados, tontos enredados en tafetán ni paño negro, ni son, en dos palabras, unos ignorantes inmorales, que con escándalo del pueblo y vilipendio de su carácter, den la mano á sus patronos para abreviarles el paso á los infiernos en su compañía, ya contemporizando con ellos infamemente en el confesonario, ya tolerándoles en la

ocasión próxima voluntaria, ya absolviéndoles sus usuras, ya ampliándoles sus conciencias con unas opiniones laxísimas y nada seguras, ya apoyándoles sus más reprehensibles extravíos, y ya, en fin, confirmándolos en su error, no sólo con sus máximas, sino también con sus ejemplos detestables. Porque ¿qué hará una familia libertina si ve que el capellán, que es ó debe ser un apóstol, un ministro del santuario, un perro que sin cesar ladre contra el vicio sin el menor miramiento á las personas, una pauta viva por cuyas líneas se reglen las acciones de los fieles, un maestro de la ley, un ángel, una guía segura, una luz clarísima y un Dios tutelar de la casa en que vive, que todo esto y más debe ser un sacerdote? ¿qué hará, digo, una familia que se entrega á su dirección, si ve que el capellán es el primero que viste con lujo, que concurre á los bailes y á los juegos, que afecta en el estrado con las niñas las reverencias, mieles y monerías de los más frescos pisaverdes, etc., etc., etc.? ¿Qué hará, digo otra vez, sino canonizar sus vicios y tenerse por santa, cuando no imite en todo al capellán?

Ya veo, señor, que usted dirá que es imposible que haya capellanes tan inmorales y patronos tan necios que los tengan en sus casas; pero yo le digo que ¡ojalá fuera imposible! no hubiera conocido yo algunos originales cuyos retratos le pinto; pero en cambio de éstos

hay también, como insinué, casas santas y capellanes sabios y virtuosos, que su presencia, modestia y compostura solamente enfrenan, no sólo á los criados y dependientes, sino á los mismos señores, aunque sean condes y marqueses. Capellanes he conocido tan arreglados en su conducta y tan celosos de la honra de Dios, que no se han embarazado para decir á sus patronos la verdad sin disimulo, reprendiéndoles seriamente sus vicios, estimulándolos á la virtud con sus persuasiones y ejemplos, y abandonando sus casas cuando han hallado una tenaz oposición á la razón.

—De esos capellanes me acomodan, dijo el chino; y desde luego puedes solicitar uno de ellos para casa; pero ya te advierto que sea sabio y virtuoso, porque no lo quiero para mueble ni adorno. Si puede ser, búscamelo viejo, porque cuando las canas no prueben ciencia ni virtud, prueban á lo menos experiencia.

Con este decreto partí yo contentísimo en solicitud del capellán, creyendo que había hecho algo bueno, y diciendo entre mí: — ¡Válgame Dios! ¡qué porción de verdades he dicho á mi amo en un instante! No hay duda, para misionero valgo lo que peso cuando estoy para ello. Pudiera coger un púlpito en las manos y andarme por esos mundos de Dios predicando lindezas, como decía Sancho á Don Quijote.

Pero ¿en qué estará, que conociendo tan bien la

verdad, sabiendo decirla, y alabando la virtud con ultraje del vicio, como lo hago á veces tan razonablemente en favor de otros, para mí sea tan para nada, que en la vida me predico un sermoncito?

¿En qué estará también que sea yo un Argos para ver los vicios de mis prójimos y un Cíclope para no advertir los míos? ¿Por qué yo, que veo la paja del vecino, no veo la viga que traigo á cuestras? ¿Por qué, ya que quiero ser el reformador del mundo, no empiezo componiendo mis despilfarros, que infinitos tengo que componer? Y por fin, ¿por qué, ya que me gusta dar buenos consejos, no los tomo para mí cuando me los dan? Cierto que para diablo predicador no tengo precio.

Pero ya se ve, ¿qué me admiro de decir á veces unas verdades claras, de elogiar la virtud, ni reprobar el vicio, acaso con provecho de quien me oye, cuando esto no lo hago yo, sino Dios, de quien dimana todo bien? Sí, en efecto, Dios se ha valido de mí para traer un buen ministro á este chino, tal vez para que abrace la religión católica; y como se valió de mí ¿no se pudo haber valido de otro instrumento mejor ó peor que yo? ¿Quién lo duda?

Pero la Divina Providencia no hace las cosas por acaso, sino ordenadas á nuestro bien, y según esto ¿por qué no he de pensar que Dios me ha puesto todo esto

en la cabeza, no sólo para que se bautice el chino, sino también para que yo me convierta y mude de vida?

Así debe ser, y yo estoy en el caso de no desperdiciar este auxilio, sino corresponderlo sin demora. Pero soy el diablo. Mientras no veo á mis amigos ni á mis queridas, pienso con juicio; pero en cuanto estoy con ellos y con ellas, se me olvidan los buenos propósitos que hago y vuelvo á mis andanzas.

No son éstos los primeros que hago, ni el primer sermón que me predico; varios he hecho y siempre me he quedado tan Periquillo como siempre, semejante á la burra de Balaam, que después de amonestar al inicuo, se quedó tan burra como era antes.

¿Pero siempre he de ser un obstinado? ¿No me docilitaré alguna vez á los suaves avisos de mi conciencia, y no responderé algún día á los llamamientos de Dios? ¿Por qué no? He, vida nueva, señor Perico; acordémonos que estamos empecatados de la cruz á la cola; que somos mortales; que hay infierno; que hay eternidad, y que la muerte vendrá como el ladrón, cuando no se espere, y nos cogerá desprevenidos, y entonces nos llevarán toditos los diablos en un brinco.

Pues no; á penitencia han tocado, Periquillo; penitencia y tente perro, que las cosas de esta vida hoy son y mañana no. Buscaré al capellán, lo encargará de ciencia, prudencia y experiencia; me confesaré con él; me

quitaré de las malas ocasiones; y adiós, tertulias; adiós, paseos, alameda, coliseo y visitas; adiós, almuerzos de Nana Rosa; adiós, billares y montecitos; adiós, amigos; adiós, Pepitas, Tulitas y Mariquitas; adiós, galas; adiós, disipación; adiós, mundo; un santo he de ser desde hoy, un santo.

¿Pero qué dirán los tunantes, mis amigos, y mis apasionadas? ¿Dirán que soy un mocho, un hipócrita, que por no gastar me he metido á buen vivir, y otras cosas que no me han de saber muy bien? Pero ¿qué tenemos con esto? Digan lo que quisieren, que ellos no me han de sacar del infierno.

Con estos buenos, aunque superficiales sentimientos, me entré en casa de don Prudencio, amigo mío y hombre de bien, que tenía tertulia en su casa. Le dije lo que solicitaba, y él me dijo:—Puntualmente hay lo que usted busca. Mi tío, el doctor don Eugenio Bonifacio, es un eclesiástico viejo, de una conducta muy arreglada y un pozo de ciencia, según dicen los que saben. Ahora está muy pobre, porque le han concursado sus capellanías, y es tan bueno, que no se ha querido meter en pleitos, porque dice que la tranquilidad de su espíritu vale más que todo el oro del mundo. Le propondré este destino, y creo que lo admitirá con mucho gusto. Voy á mandarlo llamar ahora mismo, porque el llanto debe ser sobre el difunto.